

EL CAMINO DEL DESTERRADO

Escribe: FERNANDO SERPA FLOREZ

— I —

De Florencia a Rávena va el camino del desterrado. En Florencia comienza la vida, la juventud apasionada y triunfal. En Rávena muere, en 1321, después de largo destierro.

Dante Alighieri nació hace cerca de setecientos años. Ya descollaba entonces la república florentina por su inteligencia, su arte, su comercio, las industrias. Y se imponía, paulatinamente, sobre las ciudades vecinas y émulas.

La discordia partidista agitaba también las pasiones y existían dos bandos irreconciliables: los güelfos y los gibelinos cuya ideología difícilmente podría trazarse, pues, quizá más que diferencias fundamentales, había odios, rencores y deseo de preeminencias. Los güelfos eran amigos del Papa y partidarios de las libertades y soberanías ciudadanas. Los gibelinos querían un Emperador que realizara la unidad y la grandeza italiana.

Los Alighieri eran güelfos y Dante en sus primeros años se vinculó a este partido, que era el de gobierno, vinculación más estrecha si se tiene en cuenta que su esposa Gemma pertenecía a la familia de los Donatis, de gran prestigio en dicha facción.

La ciudad se hallaba dividida en doce gremios, en el quinto de los cuales, el de los médicos, estaba inscrito Dante. Como güelfo, Dante fue uno de los priores que gobernaron la ciudad y representó a Florencia en una embajada ante Roma. También tomó parte en las batallas de Campaldino, contra los gibelinos de Arezzo, en la que obtuvo una corona de laurel y en el sitio de Caprona, durante la guerra contra los pisanos.

Sin embargo, su gestión como prior de Florencia le atrajo la animadversión de los propios güelfos, que decretaron su destierro y, aún, le impusieron la pena de ser incinerado vivo, si volvía a la ciudad.

Acogido por los gibelinos, inició su largo peregrinar desterrado. Llevaba en la memoria el recuerdo de Beatriz, la bella niña que conoció

cuando apenas él contaba nueve años y ella ocho, según lo narra Boccaccio, en una fiesta que daba el padre de ésta, Fulco Portinari. Fueron unos amores hechos de ilusión y ensueño. Beatriz contrajo matrimonio con Simón de Bardi, en 1287, muriendo tres años más tarde. Con el recuerdo de Beatriz y la amargura del destierro, Dante recorrió parte de los senderos de la "Comedia".

El pedestal de la obra dantesca, quizá podría hallarse en la vida afectiva del gran hombre, que perdió tempranamente la dulce sombra materna, que fue incomprendido, o ignorado, por Beatriz y que fue víctima de destierro y persecución por los suyos.

— II —

Dante es el primer renacentista. De sus manos surgió la lengua italiana, sonora, grácil, elocuente y sutil.

Era un hombre magro, moreno, de nariz larga y afilada, no muy alto.

Recordémoslo como está, en el bronce de la galería de los Uffizzi, en que Florencia muestra al recuerdo sus hijos más gloriosos en el espacio que va de la "piazza" del Señorío, al Arno:

Sostenido, virilmente, sobre la pierna derecha y adelantando un poco la izquierda, arropado el cuerpo y cubierta la cabeza por la garnacha que ciñen los laureles (laureles que le negó la patria en vida) prosigue, silenciosamente, el diálogo eterno con sus compañeros de la república florentina... Desde siempre, bajo el cielo de la ciudad de su añoranza, que solamente lo guarda en efigie, ya que sus cenizas quedaron en Rávena y, en la Santa Croce, panteón de Florencia, su sepulcro vacío es constante reproche.

— III —

Toscana. El Arno. Y, Florencia. El país toscano está allí exactamente como cuando lo pintaron con su pincel candoroso los primitivos italianos. Y, comoquiera que ellos copiaban el paisaje para ponerlo de fondo a las escenas bíblicas, en nuestra mente se produce una transmutación con los lugares santos. Los mismos suaves colores. Los mismos olivares, con sus troncos retorcidos en patética contorsión milenaria. Los mismos abetos verde-oscuros. Y el cielo azul, azul de Luca della Robbia.

El Arno se desenvuelve, viniendo del horizonte. Cuando ciñe la ciudad "sobria y púdica" da una amplia curva que copia las cúpulas y las esbeltas torres.

Florencia, ciudad de puentes y de torres lanzadas al infinito. Campanile de Giotto, con el que rompió la arquitectura el medioevo. Torre Arnolfo, con su paso de ronda, que parece mirar por los ojos de sus barbacanas. Flecha de la Badía, serena y alta. Almenada torre del palacio del Podestá, rectangular y austera. Cúpula del Baptisterio. Y de la Catedral de Santa María de las Flores, que reposa en el Duomo. Torres llegadas por los años de Santa María Novella y del Santo Spirito!

Florenxia es la cuna del renacimiento. Florenxia es el renacimiento. Cada calle, cada palacio, cada rincón, tiene renombre universal. Ella comprendía el genio de Italia, que puede idealizarse en Dante Alighieri.

De allí salió un día, desterrado, para no volver nunca. Llevaba en el alma el recuerdo de su ciudad amada y siempre lamentada en ausencia. Como añoraba, aún después del matrimonio con Gemma, la imagen de Beatriz.

Cuando se acogió a Rávena, la última capital del Imperio Romano, al cordial abrigo de Guido Novello de Palenta (sobrino de Francesca de Rímini), aún soñaba con el retorno imposible a la ciudad que llevaba en el corazón peregrino y que había decretado su decapitación si retornaba.

Murió a los cincuenta y siete años, víctima del paludismo. Su memoria es hoy patrimonio de la humanidad, que ve en Dante un símbolo de inteligencia universal. Su ejemplo, viva norma de austera grandeza, que sirve de modelo para aquellos que se vean precisados a afrontar la incomprensión y el odio de los suyos. Y la "Divina Comedia", por su grandiosa concepción y la profundidad conceptual, constituye una obra maestra inigualada.

Bogotá, julio de 1963.